

DISCURSO AL III CONGRESO DE LA UNIÓN MUNDIAL DE AA. AA. DE JESUITAS Peter Hans Kolvenbach, S.J.
--

COMPROMISO DE TODOS EN EL SERVICIO DE LA IGLESIA: COMPROMISO DE LA COMPAÑÍA EN LA IGLESIA, COMPROMISO DE LA COMPAÑÍA EN LOS ANTIGUOS ALUMNOS Y COMPROMISO DE TODOS EN EL SERVICIO DE LA IGLESIA.

Deseo comenzar dando las gracias a M. Pierre Balazuc, a Maitre Théo Lombard y a todas las demás personas que han tomado una parte tan activa en la preparación de este Congreso. Estoy especialmente agradecido por la invitación que me han hecho de unirme a la peregrinación a Chartres y a que permanezca con ustedes aquí. Me es muy grato disponer de esta oportunidad de agradecer oficialmente, en nombre de toda la Compañía de Jesús, y más en particular, de los que han estado y están dedicados a la misión educativa, y, personalmente, en mi propio nombre.

La carta que anunciaba este Congreso decía que iba a ser una experiencia de la universalidad del espíritu de san Ignacio de Loyola. Las muchas naciones y centros que representáis son una manifestación concreta de dicha universalidad. El lazo común que les une, vuestra formación en un centro jesuítico, de acuerdo con el espíritu de san Ignacio, lleva a cabo esta unidad en medio de la diversidad. Juntamente con ustedes, deseo en estos días en que vamos a estar juntos, ir realizando lo que han planteado los organizadores del Congreso: «un tiempo de conversión, de mutuo entendimiento que vaya constantemente creciendo, un tiempo de unidad y esperanza y un tiempo también de enriquecimiento personal, intercambio mutuo, fiesta y alegría».

En este día inaugural, y en la oración que vayan haciendo a lo largo de todo el Congreso recordamos a los antiguos estudiantes, y a los jesuitas y profesores seculares que han trabajado con ellos y con nosotros, que han sido llamados por Dios nuestro Padre a unirse con El para siempre. Cada uno de ustedes tendrá personas a las que querrá recordar. Yo me voy a referir únicamente a tres nombres íntimamente ligados con la Unión Mundial: Enzo Sala, que trabajó durante tantos años como Secretario Ejecutivo y al que se debe, en gran parte, el crecimiento de esta Unión; al padre Roberto Züllig, S.J., que trabajó en el Secretariado de Milán, y finalmente al padre Alberto de Marco, S.J., que murió de forma tan inesperada, hace pocos meses, en Roma. El padre de Marco dedicó muchos años de su vida a la Federación Italiana de Antiguos

Alumnos, estando muy estrechamente ligado a la Unión Mundial y ayudando no poco a la preparación de este Congreso. Quiera Dios nuestro Padre premiar a éstos que nos han precedido por sus esfuerzos en promover el espíritu ignaciano que da sentido a nuestras vidas. Que nuestra oración por ellos sea al mismo tiempo un estímulo para nuestra propia dedicación en llevar adelante este espíritu: trabajando, en todo lo que hagamos, para la mayor gloria de Dios.

El tema del Congreso es compromiso: "Comprometerse... Sí, ¿pero con qué valores?" Precisamente acerca de esto les deseaba hablar hoy: 1º Compromiso de la Compañía de Jesús con la Iglesia, especialmente mediante nuestras instituciones educacionales, en colaboración con los laicos que trabajan con nosotros en ellas; 2º Compromiso de la Compañía con ustedes, nuestros antiguos alumnos, y 3º Nuestro propio compromiso como hombres y mujeres formados en la visión de Ignacio de Loyola, en el servicio de la Iglesia a través de vuestro trabajo y vuestras vidas. Voy a desarrollar cada una de estas tres dimensiones de nuestro compromiso.

En primer lugar el compromiso de la Compañía para con la Iglesia.

Han pasado ya veinte años desde el final del Concilio Vaticano II. Aún ahora encontramos mucha gente, incluso antiguos alumnos, que expresan su incertidumbre sobre la Compañía de Jesús, sobre cuáles van a ser sus orientaciones y prioridades apostólicas. Todo esto lleva ciertamente a un desánimo. ¿Ha cambiado la Compañía? ¿Es aún la misma que yo conocí cuando era estudiante?

Es claro que ha habido y seguirá habiendo, cambios en la Compañía. Sin embargo, permanecemos fieles a la inspiración de San Ignacio: el servicio de la Compañía a la Iglesia, y los deseos de responder a las necesidades expresadas por "el Vicario de Cristo en la tierra" siguen siendo fuertes. Este servicio, este empeño, por responder a las necesidades de la Iglesia, expresadas al Santo Padre de ayudar a llevar a cabo los decretos del Vaticano II ha sacudido a la Compañía desde sus raíces, de la misma manera que la fidelidad al Concilio de Trento cambió la Compañía radicalmente, poco después de su fundación. Una segunda razón del cambio de la Compañía proviene de su tradicional inserción en las más profundas realidades del mundo. Este mundo que cambia tanto ha causado profundos cambios en la Compañía. Para referirnos

DISCURSO AL III CONGRESO DE LA UNIÓN MUNDIAL DE AA. AA. DE JESUITAS
Peter Hans Kolvenbach, S.J.
Versalles, 1986

únicamente al apostolado de la educación, es fácil caer en la cuenta cómo las leyes de los gobiernos, las exigencias sindicales, las obligaciones financieras, las nuevas técnicas pedagógicas y las nuevas maneras de ejercitar el liderazgo, han influido y producido efectos profundos en nuestras instituciones.

Si vamos más a la raíz, se trata de la revolución misma de la cultura, que con sus nuevas formas de lenguaje y nuevas formas de expresión, hace casi imposible a gente de diversas generaciones entenderse entre sí.

Un tiempo de cambio rápido no suele ser un tiempo pacífico. No podemos decir que nuestros esfuerzos por cumplir el Vaticano II o por responder a un mundo en cambio hayan sido un éxito. Los jesuitas, como cualquier persona en la Iglesia o en la misma sociedad humana, han tenido errores y fracasos. Pero quiero insistir en que nuestra dirección es sana, que estamos intentando, lo mejor que podemos y sabemos, servir a la Iglesia como pensamos que San Ignacio lo hubiera deseado para sus hijos, el día de hoy.

Ustedes hablarán de valores a lo largo de este Congreso. Estoy seguro que hallarán caminos para construir un puente sobre la "brecha generacional", y ruego que vuelvan a descubrir en sus vidas los valores que expresa confiadamente la visión y espíritu de San Ignacio en su servicio a la Iglesia y a la sociedad humana. Si se adentran en la materia, encontrarán que es la fidelidad de los mismos valores evangélicos, expresados en la visión ignaciana, los que están en el corazón de los compromisos que ustedes observan en la Compañía de Jesús.

Es importante hacer notar que no toda la mala imagen de la Compañía se debe al cambio. Tenemos que reconocer que informaciones publicadas acerca de las actividades de la Compañía han sido a menudo defectuosas o, incluso falseadas. A mí mismo me ha ocurrido que a veces, incluso estudiantes, que iban a terminar ya su educación en una de nuestras instituciones, no tenían un conocimiento real acerca de la Compañía en su conjunto. Conocían cosas acerca de los "Padres y Hermanos de su Colegio" pero apenas sabían nada acerca de esos muchos jesuitas que, aun antes del Concilio Vaticano II, trabajan en cárceles y hospitales, en misiones populares y en los suburbios de las ciudades. Quizá incluso los mismos jesuitas del colegio permanecían demasiado ocultos, quizá en épocas en que había que hacer un discernimiento o una elección no eran capaces de hablarles con la suficiente

claridad acerca de los valores ignacianos básicos que estaban viviendo en su entrega a la educación y los que otros jesuitas estaban viviendo de otras muchas maneras. La Compañía nunca ha sido una Orden que se ha dedicado exclusivamente a dirigir Universidades o Colegios secundarios; el apostolado de la educación no se puede limitar a los Colegios, y además el trabajo de la Compañía es mucho más amplio que el apostolado de la educación

Cuando Ignacio y sus primeros compañeros comparecieron ante Paulo III el 3 de septiembre de 1539 para explicarle el propio ideal y el tipo de vida que se proponían llevar, la «Fórmula» que le presentaron no contenía ninguna restricción respecto al tipo de trabajo o ministerio. El documento declaraba que lo único que pretendía la nueva Congregación Religiosa que se proponían formar, era "emplearse en la defensa y propagación de la fe y en el aprovechamiento de las almas en la vida y doctrina cristianas". Para conseguir este objetivo en nombre al servicio de la Iglesia, el documento enumera una breve lista -de ningún modo exhaustiva- de posibilidades concretas. Los comentaristas han descubierto una triple dimensión característica de los ministerios que la "Fórmula" ofrece como ejemplos: en primer lugar el servicio de la palabra de Dios que ha de realizarse en ministerios tales como la proclamación del Evangelio, la predicación, la catequesis y la acción misionera: en segundo lugar el servicio de reconciliación, ofreciendo a hombres y mujeres la misericordia que la persona de Cristo pobre puso de manifiesto en su lucha contra toda pobreza espiritual y material; y finalmente, el servicio del Espíritu, del que es ejemplo el dar los Ejercicios Espirituales, la dirección espiritual y el "ayudar a las almas" en el trato de persona a persona.

Esta triple forma de servicio viene de la visión trinitaria de Ignacio. "Tenía mucha devoción a la Santísima Trinidad... Y estando un día rezando en las gradas del mismo monasterio las Horas de Nuestra Señora, (en Manresa), se le empezó a elevar el entendimiento, como que veía la Santísima Trinidad en figura de tres teclas... No podía dejar de hablar sino de la Santísima Trinidad... de modo que toda su vida se ha quedado esta impresión de sentir grande devoción haciendo oración a la Santísima Trinidad" (Autobiografía, 28). Esta experiencia de oración se confirmó apostólicamente en la experiencia espiritual de La Storta. Toda la acción de Ignacio y sus compañeros había de ser el complemento humano a la acción redentora de la Santísima Trinidad: la revelación de

DISCURSO AL III CONGRESO DE LA UNIÓN MUNDIAL DE AA. AA. DE JESUITAS Peter Hans Kolvenbach, S.J.	Versalles, 1986
--	------------------------

Dios como Padre, como Padre nuestro, como Padre de todos los hombres y mujeres, llevando a su plenitud la historia humana y la historia personal de cada uno de nosotros; la realización de esta misión mediante el Mandamiento Nuevo del Hijo Jesús dando testimonio de Sus valores y Su entrega; encarnado ese empeño aquí y ahora, como personas y como grupo en comunión, mediante el Espíritu de Amor. Ignacio y sus compañeros no podían anunciar el amor del Padre sin ser al mismo tiempo «hombres para los demás» en nombre y a ejemplo de Jesús, su Hijo, como expresión de un compromiso personal y comunitario inspirado por el Espíritu. La visión trinitaria de Ignacio, alienta esta triple dimensión de toda la actividad ignaciana.

Ignacio vivió personalmente ese servicio tridimensional: no es que emprendiese apostolados de tres tipos diferentes sino, porque en su compromiso, esos tres aspectos de una única concepción espiritual formaban un todo en su vida cristiana. Muchos textos de su Autobiografía, el "Relato del Peregrino", dan prueba de esto. Ya en sus días de universitario –no muy lejos de aquí, en la Sorbona, París- Ignacio se preparaba estudiando para proclamar la palabra de Dios: vivía en pobreza y se preocupaba de otros estudiantes pobres; y sus conversaciones espirituales no tenían fin.

La Compañía de Jesús, si quiere ser fiel al carisma ignaciano, ha de integrar esas tres dimensiones en cada una de sus obras apostólicas, ya se trate de un centro de investigación o de enseñanza, de un centro social, una casa de Ejercicios, un campo de refugiados o una parroquia. Son tres dimensiones de un único ministerio que es la «ayuda de las almas» –la prolongación humana de la acción redentora de la Trinidad.

Todos nosotros, antiguos alumnos, recordaremos quizá cómo –en situaciones diversas, y a menudo en circunstancias bien difíciles -el Colegio o la Universidad de la Compañía nos instruyó y nos formó interiormente en esa palabra de Dios que revela el plan de Padres sobre cada hombre o mujer y sobre la sociedad en que vivimos, en orden a nuestro último fin. Entendimos ese plan como algo que nunca habría de limitar o impedir el progreso del desarrollo científico de la sociedad humana; al contrario, vimos que lo que pretendía era llevarnos a la plena madurez unidos al Dios encarnado que condivide nuestra vida humana y nos guía, librándonos de todo lo que es inhumano. Esta Palabra de Dios era operante

en nosotros en nuestros días de colegio, explícita e implícitamente: en las clases de religión y en las actividades con que se nos ayudaba a interiorizar esta Palabra y a hacérsela propia. El mismo ambiente escolar –algo muy difícil de definir, pero muy real- y las oportunidades de crecimiento espiritual que se nos ofrecían en formas variadísimas, las prioridades del Colegio, los contactos persona a persona... todo eran oportunidades para comunicarnos unos a otros esta Palabra de Dios. Y el espíritu se hizo cuerpo cuando nos comprometimos personalmente al seguimiento de Cristo, cuando ese compromiso nos llevó a poner en práctica, concreta y existencialmente, su nuevo mandamiento: que nos amásemos unos a otros como El nos ha amado.

Da lo mismo que hablemos de la ayuda a los pobres, minusválidos o refugiados, o de la promoción de la justicia o de la opción preferencial por los pobres, o de convertirnos en hombres y mujeres que en nombre del Evangelio vivan auténticamente para los demás. Un elemento esencial e indispensable ha de estar presente siempre para que el Reino de Dios llegue a ser una realidad: en circunstancias de injusticia y miseria, de opresión y persecución, la palabra de Dios tiene que ser proclamada. Debe ser proclamada como Palabra que se ha encarnado en nosotros por la acción del Espíritu Santo. Acuciados por una creciente conciencia de los valores del Evangelio, hemos de hacernos cada vez más capaces de advertir, aquí y ahora, en las circunstancias concretas de nuestras vidas, algo que es nuestro privilegio y responsabilidad: nuestra personal entrega, la de cada uno de nosotros, en nuestra posición social entre los hombres. Es necesario que trabajemos con el dinamismo que nos ha sido dado por el Dios que es Amor y que, en Cristo, vino a salvar a los que estaban perdidos, dignos de lástima en completa indigencia.

Hasta aquí me he referido a un elemento indispensable en cualquiera de los diferentes modos de realizar la misión –que en nombre y al servicio de la Iglesia- fue conferida a Ignacio y sus compañeros. Tengo por cierto que, en los cuatro siglos de su historia, las Instituciones Educativas de la Compañía no se han fijado otra meta que la de penetrar profundamente en la Ciudad del Hombre para hacerla más justa incluso cuando, en situaciones sumamente complejas, un deslizamiento hacia la esfera política parecía inevitable.

Es importante esta observación, porque cuando nosotros, los jesuitas, y nuestros antiguos alumnos declaramos

DISCURSO AL III CONGRESO DE LA UNIÓN MUNDIAL DE AA. AA. DE JESUITAS
Peter Hans Kolvenbach, S.J. **Versalles, 1986**

que nuestra misión hoy es la promoción de la justicia y la opción preferencial por los pobres -aún con riesgo de nuestras vidas y nuestros bienes- no estamos diciendo nada nuevo; es únicamente una formulación nueva de nuestra respuesta de siempre. Lo necesario ha sido siempre lo mismo: renovar las estructuras de nuestra sociedad humana, dar vida a la nueva creación que se nos ofreció en Jesucristo, tan radicalmente comprometido con la justicia, la reconciliación, la verdad, las necesidades de los pobres: la compasión que, conforme al Espíritu de las Bienaventuranzas, nuestro Padre del cielo quiere que todos nosotros tengamos. ¡Ciertamente la preocupación por la justicia no es nada nuevo en nuestro apostolado educativo! Ignacio dispuso que las primeras escuelas de la Compañía estuviesen abiertas a todos, sin cobrar un céntimo. Al lado de esas escuelas se montaron instalaciones para facilitar alojamiento y comida a los alumnos que no podían pagárselo, y la Ratio Studiorum de 1599 insiste en que los maestros presten especial atención a las necesidades de los alumnos pobres.

Esta triple dimensión de la misión de la Compañía se manifiesta hoy día en nuestras obras educativas, un apostolado en que están comprometidos casi 8.000 jesuitas, un apostolado al que la Compañía sigue estando plenamente dedicada a pesar de la limitación de sus recursos, y a pesar de las dificultades actuales. Cada vez tenemos menos control sobre los planes de estudio a través de los cuales se transmiten los valores, se proclama la palabra de Dios y se comunica la visión de la fe cristiana. La tendencia hacia la especialización en diversos campos amenaza con convertirse en una auténtica abominación de la verdadera educación, privándola de su coherencia. Se margina la catequesis y se reduce a una hora semanal de «clase de religión». La disminución creciente de nuestros efectivos de personal nos dice que si seguimos confiando únicamente a los jesuitas la función de «padres espirituales» que dan orientación y formación cristiana en la escuela esta importante dimensión de la misión ignaciana será cada vez más débil.

Además de estas presiones externas, otros numerosos obstáculos se interponen en el camino de una auténtica formación de hombres y mujeres para los demás. La resistencia de quienes sólo buscan para sus hijos una sólida formación académica es comprensible hasta cierto punto. Lo que no puedo entender en absoluto es la oposición de quienes ven la promoción de la justicia como ideología marxista que conside-

ra la opción preferencial por los pobres como una traición a la "vocación jesuítica" tradicional de formar grupos selectos con el poder que dan el saber y el poseer. Esto se hace aún más incomprensible cuando se lo confronta con la enseñanza de la Iglesia. Mucho antes del Concilio Vaticano II, y con insistencia cada vez mayor en nuestros días, estas enseñanzas nunca han dejado de proclamar, en nombre del Evangelio, el derecho de toda persona humana a su plena dignidad humana que incluye el ejercicio de la libertad y la remoción de las ligaduras que nos impiden ser totalmente humanos.

Con toda honradez, he de admitir que la triple dimensión de la Compañía no ha sido evidente en la historia reciente de nuestro apostolado educativo. Pero hoy, a pesar de las limitaciones que dificultan la renovación en no pocos países, a pesar de los inevitables malentendidos y sensación de traición que experimentan algunos de nuestros amigos, los jesuitas activos en el apostolado educativo han emprendido la reorientación de este apostolado con el fin de renovar en él la misión de la Compañía. Y gracias a las conexiones mundiales entre tales instituciones, las experiencias positivas de unas han ayudado a otras asentándolas en sus esfuerzos y tentativas. El futuro comportará inevitablemente el cierre de algunas instituciones, y la transferencia de otras. No obstante, este apostolado sobrevivirá y seguirá siendo fiel a su misión en la medida en que continúe plenamente fiel a la triple dimensión que debe ser característica de toda misión dei cuerpo apostólico que es la compañía de Jesús.

El proceso de renovación parece muy prometedor, y ha contribuido a que la Compañía se haga consciente de una verdad que es elemental, pero que muchos jesuitas tienen dificultades en aceptar: que nosotros no somos los únicos capaces de inspirar una Institución educativa de la Compañía. Es una lección que debiéramos haber aprendido de Ignacio. Y es una lección que debe aplicarse también a las relaciones de la Compañía con sus antiguos alumnos.

Hacia finales de 1543, Ignacio -fiel a la triple dimensión presente en toda obra jesuítica- fundó en Roma la Residencia de Santa Marta para la rehabilitación social de antiguas cortesanas. Una carta, escrita de su puño y letra, testimonia su preocupación por esta obra y su convencimiento de su importancia: "Esperamos en el Señor nuestro que será una obra... señalada en su mayor servicio, alabanza y gloria..." (MI, Epp. I, 270:24.7.1543). Pero la misma carta nos informa

**DISCURSO AL III CONGRESO DE LA UNIÓN MUNDIAL DE AA. AA. DE JESUITAS
Peter Hans Kolvenbach, S.J.
Versalles, 1986**

también de cómo intentó conseguir ayuda de otras muy diversas personas para este apostolado: oficiales públicos, hombres y mujeres de Roma. La carta concluye con una frase que merece atención: «Dentro de un mes o dos que la casa estará más fundada y más ordenada, nosotros, retirándonos de estas (personas), pensamos de aplicarnos a otra, a mi pobre juicio de no poca espiritual importancia, en favor de la cual el Señor Nuestro se ha dignado de darnos algunos principios para poder proceder adelante” (ibíd).

Eso es sólo un ejemplo: el mismo espíritu aparece una y otra vez en la vida de Ignacio. No es que él optase por interrumpir obras ya comenzadas; más bien, él veía que la misión de la Compañía había de realizarse con la plena participación, la plena colaboración de otros. La extraña expresión que el padre Pedro Arrupe usaba con tanta frecuencia -que debemos formar “agentes multiplicadores”- está, efectivamente, en pleno acuerdo con la visión apostólica de Ignacio. Su correspondencia de 6.815 cartas demuestra sin lugar a dudas que Ignacio nunca cesó de buscar y alentar la mayor colaboración posible con toda clase de gentes: pobres y príncipes, hombres de letras y de negocios, trabajadores y profesores de universidad. Y en una carta de 15 de diciembre de 1551, definió y expresó su convicción acerca de la necesidad de participación en una frase que es un poco intrincada pero muy elocuente: “Es verdad que la caridad y celo de las almas en que esta Compañía se ejercita según su Instituto se extiende a toda clase de personas... para servir las y ayudarlas en el Señor nuestro a conseguir el infinito y sumo bien. Sin embargo, no abraza a todas para incorporarlas a la misma Compañía, sino solamente aquellas que juzgan útiles para el fin que se pretende ayudar al prójimo” (MI Epp. IV, 36, 15 de diciembre de 1551). La limitación implicada en la palabra “abraza” no debe ocultar la amplitud manifiesta en “toda clase de personas”. Ignacio no dice sin más que cada uno se lance al ancho mundo; insiste en “abrazar” -incorporar, conducir a plena participación- a cada persona por su propio camino de acuerdo con su propio talante en el servicio de la “Infinita y suma bondad”.

¿Cuál es el compromiso de la Compañía de Jesús con sus antiguos alumnos? Es el comienzo de Ignacio, reiterado por Pedro Arrupe: convertirlos en agentes multiplicadores, hacerlos capaces de asumir la visión de Ignacio y la triple misión de la Compañía en vuestras propias vidas.

Pero sé muy bien que nosotros no formulamos este compromiso del modo como gustaría a algunos de ustedes. Y esto se debe a tres razones:

La primera es muy práctica y concreta: debido a la disminución del número de jesuitas y las peticiones de muchos apostolados diferentes, no podemos destinar a las Asociaciones de Antiguos Alumnos tantos jesuitas como las Asociaciones nos piden. La segunda razón, más importante, es que, prescindiendo de concretas consideraciones de números nuestro papel, tal como nosotros lo vemos, no es ese. ¡El resultado de una buena educación jesuítica debería ser que no nos necesiten! La formación que han recibido ustedes debería haberles dado los valores y el compromiso que marcase sus vidas, junto con la habilidad de ayudarse mutuamente en la renovación de ese compromiso y aplicar esos valores a las cambiantes circunstancias de sus vidas y las cambiantes necesidades del mundo. Los jesuitas no les abandonamos, pero tampoco vamos a continuar dirigiéndoles. Estaremos junto a ustedes para guiarles e inspirarles, para animarles y ayudarles. Pero tenemos suficiente confianza de que ustedes serán capaces de llevar adelante, en sus vidas y en el mundo, la formación que recibieron.

Y la tercera razón se encuentra en la voz de la Iglesia. El documento del Concilio Vaticano II sobre el laicado dice que el Espíritu Santo “da hoy a los seglares una conciencia cada día más clara de su propia responsabilidad y los impulsa por todas partes al servicio de Cristo y de la Iglesia” (Apostolicam Actuositatem, 1). Los padres conciliares hablaron de una espiritualidad laical que “debe asumir una nota peculiar del estado de matrimonio y de familia, de soltería o de viudez, de la situación de enfermedad, de la actividad profesional o social” (Apostolicam Actuositatem, 21). Y el próximo Sínodo de los Obispos tiene por tema la “Vocación y misión del laicado en la Iglesia y en el mundo, veinte años después del Concilio Vaticano II”. Este movimiento en la Iglesia de hoy confirma el papel de la Compañía en las Asociaciones de Antiguos Alumnos: guiar e inspirar, estimular y ayudar... ayudarles a ustedes a desarrollar su propia espiritualidad y su papel apostólico en el mundo. Y esto, se lo prometo, lo haremos lo mejor que sepamos.

No estoy diciendo nada nuevo. En el último Congreso semejante a éste, en Roma, 1967, el padre Pedro Arrupe dijo que “La Compañía está dispuesta a colaborar en cualquier

**DISCURSO AL III CONGRESO DE LA UNIÓN MUNDIAL DE AA. AA. DE JESUITAS
Peter Hans Kolvenbach, S.J.
Versalles, 1986**

proyecto que emprendan las Asociaciones de Antiguos Alumnos, pero la iniciativa y responsabilidad final ha de seguir siendo de los propios Antiguos Alumnos..." Podemos sugerir, podemos colaborar, pero la planificación y la responsabilidad tienen que estar en manos de los seglares (Actas del Congreso, pág. 333). Esta intuición ignaciana, ese mensaje de Pedro Arrupe siguen siendo tanto más válidos en la actualidad, en cuanto que hemos comenzado a percibir cada vez más concretamente la misión propia del seglar como operario apostólico en la Iglesia.

Por último, una palabra acerca de vuestro compromiso.

Existe una abundante documentación que enumera vuestros objetivos, las posibilidades y la estructura de vuestras Asociaciones. ¡Lo que falta es más acción concreta! Nos hemos acostumbrado a la necesidad de producir hombres y mujeres para los demás, desde que, hace quince años, el padre Arrupe acuñó esa expresión en el Congreso Europeo en Valencia. Nunca acabaremos de desentrañar el contenido de esa idea, o de aprender lo que quiere decir respecto a la promoción de la dignidad humana y de un modo más justo en todo cuanto hacemos. Pero los ideales y las ideas son estériles hasta que se las pone en práctica.

Es esa una lección que hemos aprendido en nuestro empeño por renovar la educación jesuítica. Cuando en cierta escuela de la Compañía los profesores jesuitas y seglares se sentaban juntos a deliberar, llegaban enseguida a un acuerdo acerca de los fines de la escuela, confrontaban su concepción de la enseñanza como ministerio, dialogaban y oraban juntos. Pero una y otra vez esos conatos de renovación duraban poco; la rutina de la vida escolar y la presión de otros compromisos hacía que la gente se olvidase pronto de sus propósitos. Sólo cuando aquellos hombres y mujeres comenzaron de veras a hacer algo, empezó de verdad la renovación. Examinaron la incidencia del ambiente colegial, de las tareas docentes, del reglamento disciplinar y de los demás elementos de la vida colegial y seguidamente, basándose en esta evaluación delinearon nuevos métodos pedagógicos, nuevos programas de estudios, nueva política escolar y nuevo sistema de dirección. Esa es otra lección que deberíamos haber aprendido hace tiempo: que los hombres y mujeres no ejercen su apostolado con meras palabras, sino actuando.

Es la misma lección sobre la que yo quiero insistir a ustedes y sus Asociaciones. No es algo nuevo: una vez más, en el Congreso de 1967, y muchas veces después, el padre Arrupe insistió en la necesidad de la participación activa. Pero las necesidades son hoy mayores que nunca.. y hay necesidades que afrontar. Echen la vista más allá de las instituciones educativas de la Compañía. Para no citar más que un ejemplo: los jesuitas están trabajando con refugiados en varias partes del mundo, y la necesidad de aquella gente -ilas sencillas necesidades de la subsistencia humana, para no hablar ya de la dignidad humana!- piden a gritos su ayuda. Ese es un modo de ser hombre o mujer para los demás, para los más pobres de los hijos de Dios. Su cooperación puede ser directa, apadrinando una familia sin casa, por ejemplo, o puede consistir en una ayuda económica, o en la intervención política que contribuya a la instauración de estructuras legales que otorguen a todos una dignidad humana, o, sencillamente, puede ser una mayor concienciación que les haga a ustedes y a otros, más atentos a las dimensiones de este problema humano y de sus causas. Imaginen el impacto mundial que ustedes podrían producir si determinados exalumnos se uniesen en esta causa.

En ese campo como en muchos otros, no rehuyan el compromiso político. Según el Concilio Vaticano II, ese compromiso es el papel propio del laicado. Es indudable cuando se ven envueltos en la lucha por estructuras que hagan el mundo más humano y den cuerpo a la nueva creación prometida por Cristo.

Los ejemplos son innumerables: declarar gemelas escuelas de diferentes países, como han comenzado ya ustedes en este Congreso, es uno de ellos; la asistencia financiera o profesional que ustedes dan a sus Colegios, es otro. Muchos de ustedes participan activamente en la lucha para mantener la educación privada en Europa, o la educación gratuita en otros países. Los imodos como ustedes pueden servir a la Iglesia y a la Compañía son casi innumerables. Y, entre tantas necesidades urgentes, comprenderán que mencione el país donde tuve el privilegio de servir durante tantos años: después de trece años de guerra, el Líbano necesita todo cuanto podamos hacer para que llegue la paz. Los testimonios procedentes de todas partes del mundo recibidos en este Congreso dan fe de que ya se están haciendo muchas cosas.

Pero, repito, la Compañía no puede dirigiros. No podemos hacer más que acuciaros, y procurar inspiraros para

**DISCURSO AL III CONGRESO DE LA UNIÓN MUNDIAL DE AA. AA. DE JESUITAS
Peter Hans Kolvenbach, S.J.
Versalles, 1986**

que pongáis en práctica -con hechos concretos- los valores que amáis que recibisteis en vuestra formación. Creo firmemente que la tarea más importante en este Congreso sería la discusión de este compromiso, no a nivel de concepto, en teoría, sino en término, de compromiso para actuar: discutir las necesidades que les he sugerido y otras que ustedes conocen, de modo que se comprometan ustedes, como individuos y como Asociaciones en proyectos concretos que hagan de ustedes, por su acción apostólica, los «hombres y mujeres para los demás» en que tanto insistía el padre Arrupe. Dejo a su reflexión y su discusión el modo como pueden hacer esto.

Cuando digo acción, no pienso únicamente en la acción individual. Vuestras Asociaciones de Antiguos Alumnos solamente se revitalizarán si se vuelven activas. Recordar tiempos está bien: la formación permanente es esencial. ¡Pero todo esto debe conducir a la acción! De eso depende la renovación de las Asociaciones; el mundo necesita lo que ustedes están en condiciones de ofrecer.

Les decía hace unos momentos que el proceso de renovación ha contribuido a que los jesuitas tomen conciencia de hecho de que no somos los únicos capaces de dar inspiración a un centro docente de la Compañía; este mismo principio se está aplicando a todas nuestras obras apostólicas. Pues bien, los colaboradores más aptos para nuestras obras, los más preparados para transmitir la inspiración ignaciana, son los hombres y mujeres que se formaron en la escuela jesuítica. Les necesitamos a ustedes en todas nuestras obras, no sólo porque disminuye el número de jesuitas, sino porque ustedes tienen una experiencia y capacidad profesional, junto con la concepción ignaciana de su propia vida como seculares, que no puede por menos de potenciar lo que hace la Compañía. Los problemas de la cultura moderna son muy complejos; para hacerles frente necesitamos combinar nuestras fuerzas y nuestra experiencia. Ustedes pueden unírse nos, colaborar con nosotros, ayudarnos, ser nuestros compañeros bajo el estandarte de Cristo, dándose a sí mismos para la construcción de un mundo de justicia y de paz, un mundo de amor y comprensión.

Varias veces, a lo largo de esta intervención, me he referido al Padre Pedro Arrupe. Quiero poner fin a mis palabras transmitiéndoles su saludo y la promesa de sus oraciones. Su interés por los Antiguos Alumnos y sus Asociaciones, y por la Unión Mundial, lo conocen todos ustedes; hacia el final de

su generalato observó en una ocasión que una de sus decepciones era el no haber conseguido impulsar a esta obra a realizaciones más operativas. Su estado de salud hoy no le permite enviar a ustedes su mensaje; pero puedo asegurarles su interés por este Congreso, sus oraciones por su éxito y su esperanza por los resultados. Tal vez el mayor logro de este Congreso podría ser la comprometida aceptación de los valores -y el vivirlos y traducirlos en actividades concretas en cada una de sus Asociaciones- por los que el padre Arrupe tanto oró y trabajó en sus años de General de la Compañía de Jesús y por los que sigue orando hoy día.